

Eros nos visita: deseo, fantasía, masturbación y juegos sexuales

Lectura tomada y modificada de Arteaga, Trujillo y Espinosa 2004

Muchas de nuestras creencias sexuales, sean correctas o no, se derivan de la educación que recibimos desde niños. Esta educación mediada por la familia, el grupo de personas que nos rodean y las imágenes y lenguajes de los medios masivos de comunicación a los que estamos expuestos, es portadora en muchas ocasiones de conceptos erróneos que necesitan ser revisados y aclarados, de confusiones e ignorancias que nos llevan a limitar la expresión misma de nuestra sexualidad.



La sociedad siempre ha influido sobre la sexualidad y el comportamiento sexual al menos de tres maneras. En primer lugar, debe considerarse el modo con que en forma consciente o inconsciente, los padres influyen a sus hijos en todo lo referente a estos aspectos. En segundo lugar la iglesia, con sus permanentes censuras y prohibiciones, con sus creencias de que el sexo solo tiene fines

reproductores, intenta alejar a la sexualidad del placer y la plenitud. En tercer lugar la opinión pública en general, quien se encarga de regular y controlar el comportamiento sexual de los individuos dentro de los límites de lo establecido.

Tradicionalmente, la misión de la familia consiste en socializar al niño para que pueda integrarse a la sociedad, pero en lo que se refiere a la sexualidad, la educación suele ser en exceso represiva.

De esta forma, la influencia que ejercen los padres tiende a modificar y quizás a inhibir el comportamiento sexual espontáneo del niño, pudiendo provocar posteriormente distintas manifestaciones y expresiones sexuales que lo alejan de la vivencia de una sexualidad sana.

Si la sociedad y la familia pudieran educar genuinamente a los niños en el ámbito de la sexualidad, tendríamos que romper la imposición, la prohibición y el castigo y apropiarnos de una función orientadora y formadora de la sexualidad de los infantes; tendríamos que intentar a través de la educación, que los individuos conquisten el derecho de vivir una sexualidad más abierta, plena, que descansa en el amor y el respeto, libre de vergüenza e inhibición y que vaya a la par de su desarrollo emocional y concepción de sí mismos. Enseñar a los niños el amor que como adultos deberán sentir y demostrar hacia la persona que elijan como compañero(a) es tarea que todo grupo social a través de la familia deberá privilegiar.

Afecto y deseo

La capacidad de sentir atracción sexual y amor por un hombre o por una mujer se desarrolla en distintas etapas de la adolescencia. Los púberes empiezan a interesarse desmedidamente por los temas sexuales; para ellos hablar con sus iguales de sexualidad constituye su centro de atención; se les sorprende con frecuencia escuchando a hurtadillas las conversaciones alusivas al sexo entabladas por otros mayores que ellos; las prácticas masturbatorias son comunes y el deseo y la búsqueda van más allá del temor que esto les implica.

Sin duda, una de las primeras manifestaciones del deseo y descubrimiento de la propia sexualidad es la masturbación, misma que actualmente se concibe como una conducta normal y característica de esta etapa del desarrollo. Censurarla o prohibirla además de originar problemas psicológicos, puede orientar a los adolescentes hacia la búsqueda de una relación sexual antes de que logren completar su desarrollo y llegar a la edad adulta.

Probablemente la forma más fructífera de descubrir y explorar la sexualidad es la autoestimulación, pues a través de esta los individuos pueden ir reconociendo la sensibilidad de su cuerpo, focalizar aquellas regiones corporales que en el momento de ser estimuladas son generadoras de placer, sin embargo, mucha gente continúa creyendo que la práctica de esta conducta es perjudicial para los adolescentes



hombres y mujeres, sin percatarse que incluso en la vida personal de los adultos es común su práctica sobre todo cuando el coito no es posible, ya que es un sustituto para liberar la tensión sexual.

Conforme avanza el adolescente en su descubrimiento y maduración sexual, va experimentando con elementos del sexo opuesto y comienza a desarrollar la capacidad amorosa hacia su pareja. Aunque este sentimiento se manifiesta plenamente hasta la última etapa de la adolescencia o hasta el comienzo de la edad adulta, varios autores consideran que esta capacidad de amar, en algunos, no se desarrolla nunca, mientras que otros no son capaces de considerar a la persona más amada como pareja sexual. Estos individuos nunca han aprendido a amar o bien se han detenido en una fase precoz del desarrollo emocional y continúan amando de modo inconsciente, por ejemplo, a su progenitor del sexo opuesto o a sí mismos. Por tanto, las elecciones realizadas antes de ese periodo, por mucho que la pareja crea que se quiere, tienden a durar poco tiempo, de ahí que los adolescentes vivan permanente mente enamorados del amor y no de la persona que creen amar.

Es importante rescatar que la experimentación sexual de los adolescentes es parte de su desarrollo personal, por tal motivo es necesario hacerlos conscientes de los riesgos y peligros que corren en sus primeros intentos. Asimismo, tenemos que inculcarles que la búsqueda de estas experiencias constituye un modo de aprendizaje referente a su sexualidad y un acercamiento al descubrimiento del sexo opuesto y sus relaciones con él.

Juegos sexuales

Muchas de las actividades sexuales que comúnmente realizan los adolescentes no van más allá de primeros acercamientos, en los que hombre y mujer buscan a través de distintos juegos constituirse como el punto principal de atracción e interés para el otro, pues a través de estos juegos dejan ver su poder de seducción y conquista. Mujeres que cuando advierten la presencia del enamorado contonean más sus caderas, acicalan su cabello, humedecen sus labios y con una mirada furtiva buscan cerciorarse de ser observadas. Hombres que se hacen notar levantando más la voz, empleando frases alusivas que denoten atracción, de miradas insinuantes y retadoras, de tórax erguidos y fuerza muscular para llamar la atención, son algunos de los juegos sexuales fácilmente observables. Otros que apenas advertimos, están llenos de simbolismos y significados que sólo las parejas de enamorados pueden interpretar.



Hombres y mujeres en sus fantasías imaginan ser la manzana de la discordia entre dos personas que requieren su atención, así como muy a menudo la mujer se imagina sosteniendo una relación con dos hombres que son amigos, o también puede imaginar que varios hombres la desean.

Definimos a los juegos sexuales como cualquier actividad propia de la conquista y sostenimiento de una relación de pareja. En la vida conyugal o en una relación de amantes, estos juegos sexuales intensifican la pasión y el deseo en una relación sexual. Juegos que van desde el intercambio de miradas escondidas, de besos, mordisqueos suaves, palabras amorosas o románticas, diversas caricias que transmiten el amor y el deseo en la relación, hasta la plenitud en la intimidad, son comunes entre los amantes.

La comunicación es uno de los factores importantes en la relación de pareja. Es a través de ella que conocemos las preferencias, los gustos y la sensibilidad de quien se comparte con nosotros. Comunicar al otro lo que nos agrada o desagrada para lograr dar y recibir caricias placenteras es tarea que enriquece la relación y sostiene el amor que los une.

Aunque sabemos que se puede sostener un coito en ausencia de sentimientos, una relación sexual plena no está ajena al afecto y al deseo entre la pareja. Reiteramos que para el auténtico goce sexual debe existir además de atracción, intimidad emocional y física, sentimientos y fantasías que se intercambian en el juego amoroso y que con frecuencia enriquecen la vida sexual de la pareja:

A manera de conclusión podríamos decir que la capacidad de desear y de sentir, de vivir la propia sexualidad, no es una tarea fácil para el individuo, sobre todo si éste es el fruto de una familia represiva y castrante de cualquier expresión sexual originada a partir de su mismo desarrollo y aprendizaje social.

Hablar de una sexualidad sana, constructiva y plena, implica reconocer la capacidad del ser humano para readecuar y hacer conscientes sus propias fantasías y realidades, darles un significado y compartirlo con un otro en el espacio del amor.

Una sexualidad "sana" descansa en la autonomía y capacidad de decisión para permitirse la oportunidad de explorar la "ruta" de placer bajo el respeto de sí mismo y el de los demás.



BIBLIOGRAFÍA

Alonso G., José I., Alonso G. Angel, Aspizua A. Maria A., Irabien José F., Bereziartua A. Minguéz O. Gotzan M. Psicología, Edit. Mc Graw Hill, México, 2004.